

Nuevo milenio para la Iglesia

Juan María Laboa

Catedrático de Historia de la Iglesia

Jesús, antes de despedirse de sus discípulos, les sugirió unos principios y unas convicciones con las que convivir y mantenerse a la espera de su segunda venida. La Iglesia de todos los tiempos debe mantenerse fiel a su espíritu y a sus recomendaciones, en una permanente auto-crítica de una historia que vive permanentemente en pecado y gracia. Con este convencimiento, teniendo bien presentes los avatares de dos mil años de historia, podríamos aventurarnos en el terreno de los deseos y de las posibilidades.

Son creyentes quienes creen en Cristo y están dispuestos a ser coherentes en su vida con sus enseñanzas. Esto supone que el cristianismo de pura rutina, sin compromiso y sin vivencia personal de la fe, no tiene sentido. No podemos permanecer indefinidamente con el supuesto de que el número de cristianos va aumentando indefinidamente, sin tener en cuenta su experiencia religiosa personal y su vida práctica. No es verdad que haya tantos cristianos como se afirma y hay que actuar en consecuencia. Cristo murió por todos y la Iglesia debe permanecer abierta a todos, pero no a costa de la esencialidad de Cristo ni del prestigio del número.

Los cristianos del nuevo milenio deben dar razón de su fe. Durante muchos siglos, en una sociedad uniformemente cristiana, han sido las instituciones, normas y disciplinas las que han defendido a los católicos de los peligros y tentaciones externas. Hora es de que tengan un esqueleto propio de vida interior personal. Eso su-

pone un proceso de catequesis permanente y una vida de fe y caridad activa, vivir la gracia. Sólo así los sacramentos tendrán sentido y dejaremos de asistir al espectáculo bochornoso de bautismos y matrimonios celebrados sin fe ni esperanza.

El sentido de fraternidad está indisolublemente unido al ejercicio del cristianismo. Creemos en un solo padre y todos somos hermanos. No es posible mantener por más tiempo una ficción de fraternidad en un cuerpo dividido, con injusticias manifiestas, con tantos compartimentos estancos, con comportamiento dirigido por la óptica de situación. Es verdad que nunca ha sido posible vivir en comunidad con bolsa en común tal como lo intentaron algunos primeros cristianos. Es hora de plantearse el por qué y de replantearse las exigencias derivadas del Evangelio. No resulta coherente exigir con urgencia manifiesta el cumplimiento del sexto mandamiento y no darse cuenta de que la fraternidad es más importante y más urgente.

La fuerza de la conciencia puede y debe cambiar las cosas y situaciones existentes. Para el cristianismo esto es más evidente si se tiene en cuenta que la conciencia es el campo de operaciones del Espíritu Santo. Vivimos una Iglesia en la que los cristianos están demasiado sometidos a los movimientos y sugerencias de la jerarquía, con el frecuente abandono de la responsabilidad propia. Esto tiene consecuencias negativas tanto en la vida espiritual personal como en la implicación social.

Tiene que ser una Iglesia mucho menos clerical. Durante demasiado tiempo la Iglesia se ha identificado con el clero. De hecho, se ha tratado de una Iglesia con dos estamentos no sólo diferenciados sino profundamente separados y desnivelados. Esto tiene que acabar. No se trata de democracia sino de sentido común. La Iglesia del futuro debe subrayar la importancia esencial del bautismo y de la fe común a todos los creyentes. En la comunidad todos trabajan por el bien común, aunque sus tareas sean diferentes.

En una época en la que parecen haber fracasado todas las utopías históricas, queda la utopía evangélica como referente refrescante y dinamizador, siempre que se intente poner en práctica en su integridad. Esto supone en la Iglesia una actitud crítica e incordiante permanente, hacia dentro y en la sociedad, significa aceptar ser un referente moral siempre incómodo, en un momento en el que estos están en desuso, representa consagrarse a la defensa de los derechos humanos allí donde son conculcados. En una palabra, se trata de reconocer que las bienaventuranzas constituyen la guía del cristianismo y del ser humano.

Durante la segunda parte del s. xx se ha hablado mucho de comunidad y se ha llegado a definir la Iglesia como comunidad de comunidades. A pesar de todo, sigue siendo demasiado una organización jurídica, piramidal, centralizada. No será una multinacional, pero se parece demasiado. Falta, a menudo, espontaneidad y, sobre todo, verdadera confianza en la acción del Espíritu Santo. Hablamos mucho del Espíritu, pero solo confiamos en la acción de la jerarquía y de los mandos intermedios. Hablamos mucho de la conciencia individual, pero tememos, de hecho, su libertad. No podemos pensar en un cristianismo sin Iglesia, pero sí podemos imaginar una Iglesia menos encorsetada, menos jurídica, con miembros más libres porque movidos por su conciencia y por el Espíritu en ellas actuante.

Durante los dos últimos siglos hemos vivido la paradoja de una Iglesia muy feminizada, porque eran en gran parte mujeres quienes practicaban, confesaban y comulgaban, quienes servían y ayudaban en las iglesias y, sin embargo, la sartén y el mango permanecían invariablemente en manos de clérigos, es decir, hombres. Esto se es-

tá acabando. Hoy no practican más las mujeres que los hombres. Y se acabaron las sacristanas y mujeres eclesiales para todo. Por el contrario, hay mujeres que estudian teología, reflexionan sobre ella y la enseñan en las facultades. Se afirme lo que se afirme hoy, muy pronto las mujeres estarán en igualdad de condiciones, de funciones y de sacramentos con los hombres. Cuanto antes inicie la nueva situación menos problemas tendremos.

Hablamos de inculturación, insistimos en que el cristianismo ha sido influido en su formulación y en sus prácticas por la cultura y las instituciones grecorromanas, pero que el cristianismo no está atado a ninguna cultura determinada. Esto es fácil de afirmar, pero hasta ahora ha resultado casi imposible de ponerlo en práctica. El siglo que viene puede ser el inicio de un cristianismo mayoritariamente americano y asiático. No sabemos hasta qué punto puede influir este cambio cultural en las prácticas y en las formulaciones, pero sospecho que iniciamos un nuevo tramo histórico de consecuencias imprevisibles y sorprendentes. Entre otras razones porque el talante europeo ha supuesto un modo de razonar y filosofar muy determinado que, de hecho, es el que ha marcado el catolicismo. ¿Hasta qué punto la futura inculturación no alterará esta situación y cómo influirá en la formulación de las doctrinas y costumbres.

Esto debiera llevarnos a fortalecer las comunidades, las tradiciones y costumbres de cada lugar sin poner en peligro la comunión eclesial. Durante demasiado tiempo hemos confundido unidad con uniformidad. El cambio del latín por las lenguas vernáculas nos ha enseñado que la unidad no se rompe porque se rece en distintas lenguas. Los Hechos de los Apóstoles hablan de que las comunidades tenían un mismo sentir y un mismo corazón a pesar de la diversidad de procedencias. Nada de esto va a resultar fácil aunque sea necesario, porque no estamos acostumbrados y porque, a menudo, la diferencia nos lleva a la disgregación. Pero este peligro no puede convertirse en un alibi para no esforzarnos en recrear auténticas comunidades, lugares de encuentro y convivencia, en las que el reconocimiento de Dios y la oración en común convivan con una fraternidad compartida en la que se respeten y mimen la personalidad, la historia, las costumbres y tradiciones de los pueblos.